

el palacio donde residía el monarca, que solo había conservado consigo un número escaso de tropas. En tan crítica situación, los alemanes pegaron fuego á algunas casas vecinas para poderse defender mejor contra los que les atacaban, y entretanto, el ejército que acampaba fuera se apresuró á volar al socorro de Enrique. Al ver los soldados que se les quería impedir la entrada en la ciudad, la atacaron á viva fuerza, incendiaron las casas por los ciudadanos defendidas y se entregaron á una horrible matanza, mientras las llamas reducían á cenizas casi toda la población, en su mayor parte compuesta de edificios de madera. La suerte sufrida por la capital del reino lombardo causó profunda impresión y Enrique ya no encontró resistencia ni aun á las reformas radicales, tanto menos cuanto que Arduino de Ivrea se había refugiado en sus montañas. La guerra polaca, sin embargo, obligó á Enrique á abandonar, después de tales triunfos, la campaña de Italia, con lo cual volvió naturalmente á perder



Monedas de Enrique II.

1. Anverso: HEINRIC IMP REX (el título real después del imperial), en el centro una cruz con una bola en cada ángulo. Reverso: en tres líneas SCA COLO NIA.—2. Anverso: HENRICVS, en el centro una A y una Γ , encima un triángulo y debajo una S de lado. Reverso: DAVANTRIA (Deventer, pueblo de la provincia Ober-Issel, de los Países Bajos, en donde fué acuñada), en el centro una cruz con una bola en cada ángulo.—3. Anverso: HEINRICVS, en el centro la mano derecha sobre un arco adornado de perlas y entre RE-X. Reverso: DAVENTRE, en el centro una cruz con una bola en cada ángulo.—4. Anverso: HENRICVS IMPEATO, en el centro RE-X, separado por la mano derecha puesta sobre un arco guarnecido de perlas. Reverso: RAVANTRIA, en el centro una cruz con una bola en cada ángulo.

siáticos y les enriquecieron en bienes y en derechos á costa de la monarquía.

Peor aspecto presentaban las cosas en Roma, donde ninguna influencia había podido ejercer Enrique II durante su corta permanencia en Italia. También allí á la muerte de Oton III había sucedido un espantoso desorden, pues Juan Crescencio, hijo del tirano á quien Oton III había vencido y mandado ejecutar en las almenas del castillo de Sant-Angelo, se había proclamado patricio y tenía en sus manos el gobierno temporal; y cuando (antes emperador de que se resolviera en Alemania la cuestión de la sucesión al trono) falleció Silvestre II (12 de mayo de 1003), Crescencio pudo disponer también á su antojo del pontificado. Para nada se tuvieron en cuenta las solemnes obligaciones que los romanos habían contraído respecto del imperio; antes al contrario, como en los tiempos de Alberico II, un solo tirano, auxiliado por los romanos que de él dependían, dispuso de la silla de San Pedro, con lo cual perdió esta la importancia que había tenido durante los dos últimos pontificados, y la Iglesia dejó de ser un apoyo para la monarquía. Juan XVII, Juan XVIII y Sergio IV fueron sombras de papas y no tuvieron influencia alguna en los asuntos temporales de Roma ni en los de los Estados de la Iglesia. Contra la dominación de Crescencio se levantaron los condes de Túsculo, que desde su castillo que dominaba la campiña romana hicieron pequeña pero encarnizada guerra contra Roma y contra su soberano. Este estado de desorden y de salvajismo se pro-

longó durante algunos años, logrando Crescencio mantenerse firme en la situación que se había conquistado, hasta que falleció en 1012 juntamente con el papa Sergio IV por él instituido. Entonces los condes tusculanos redoblaron sus esfuerzos para apoderarse de la ciudad y poder, en su consecuencia, disponer del pontificado. Roma fué teatro de una sangrienta lucha de partidos en que se vieron cruelmente envueltos el Estado y la Iglesia, por haberse desencadenado todas las pasiones de la ambiciosa nobleza romana. Cuando, por fin, los tusculanos invadieron á Roma, Gregorio VI, elevado al solio pontificio por los sectarios de Crescencio, huyó de la ciudad, refugiándose en Alemania, donde imploró el apoyo y la protección del rey Enrique. Este, dada la crítica situación en que se encontraba, no pudo pensar en comprometerse por una causa que por el momento podía considerarse perdida: él mismo necesitaba del auxilio de la Iglesia, y como prudente calculador, estaba dispuesto á reconocer como pontífice á aquel que le prestara los auxilios eclesiásticos por los cuales tanto suspiraba. Por esto se negó á ayudar á Gregorio VI cuando supo que los tusculanos conservaban su situación y se habían apoderado de la dirección de la Iglesia, de tal suerte que los tres hermanos se repartían el poder en la forma siguiente, ocupando Teofilato, con el nombre de Benedicto VIII, el trono pontificio, y gobernando sus hermanos Alberico y Romano la ciudad y la provincia como senador y cónsul respectivamente. Con esto salieron beneficiados los intereses de la Iglesia, pues á pesar de

ser ilegal su proclamación, Benedicto VIII, animado por el celo reformista de los cluniacenses, se esforzó por restablecer en la Iglesia el orden y la disciplina. El papa se entendió fácilmente con el rey alemán, y la coronación imperial de Enrique quedó asegurada cuando, en el otoño del año 1013, se dirigió hácia el Sur acompañado de contingentes poco numerosos y en su mayor parte compuestos de tropas episcopales.

La Alta Italia se inclinó sumisa ante él: los obispos especialmente se unieron á Enrique para tener, en la autoridad cada día mas fuerte del monarca alemán, un apoyo contra la nobleza, tan ganosa de luchar, y contra las poblaciones de las florecientes ciudades, que cada día oponían mayor resistencia al régimen de los obispos. Quien puso especiales esperanzas en la presencia de Enrique fué el partido eclesiástico reformador, el cual alcanzó pronto gran importancia por influjo del abad Odilon de Clugny, que formaba parte del séquito del rey. La situación cambió, pues, por completo: el mismo rey que en Alemania luchaba con dificultades de toda clase y que solo pudo sostenerse mediante pactos continuos con los poderes que le oponían resistencia, presentóse en Italia como soberano venerado y organizador del Estado y de la Iglesia, á cuyos mandatos todos se sometían respetuosos, y nadie se atrevió á disputarle ya la herencia de los Otones. En lo que se refiere á Italia y á la situación en que allí se encontró el soberano alemán, conservóse, durante esta crisis, en todo su esplendor la política de Oton I; pero la cuestión estribaba en si aconteceria lo mismo en Alemania, donde tanto habían cambiado las cosas.

En Rávena, Enrique fué recibido por Benedicto VIII y celebraron allí juntos un sínodo, cuyos acuerdos revelan la influencia de las tendencias eclesiástico-reformadoras. Formuláronse entonces los preliminares de una completa restauración de la Iglesia en todos los bienes y derechos que había perdido, medida alarmante para la nobleza de Italia, que había adquirido riquezas y poder á costa del clero. Enrique siguió luego al papa á Roma, donde hizo su entrada á mediados de febrero del año 1014 siendo solemnemente recibido. El día 14 de febrero fué coronado, con su esposa Cunegunda, por el papa Benedicto VIII, después de haber prestado los votos usuales, por los cuales se obligaba especialmente á ser el apoyo de la Iglesia y de su jefe. Cómo cumplió Enrique el juramento prestado á la Iglesia lo mostraron muy pronto los arruinados castillos de los saqueadores barones de las cercanías. Aliado con los tusculanos y después de haber confirmado en sus dignidades á Alberico y á Romano, hizo, con mano enérgica, que los Crescencios y sus partidarios se sometieran al nuevo orden de cosas. Las consecuencias de esto fueron una rebelión de los descontentos, con los cuales se habían aliado, según parece, los fugitivos partidarios de Arduino de Ivrea. El día 22 de febrero los sublevados se lanzaron en Roma á las armas; la lucha se sostuvo encarnizadamente en el puente del Angel, pero á los dos días se restableció la calma. La relación íntima que existía entre la sublevación romana y la oposición nacional de la Alta Italia, al frente de la cual figuraba todavía Arduino de Ivrea, hizo temer por la conservación del orden al Norte de los Apeninos. Por esto se apresuró Enrique á ir allí. Todo estaba en calma en la Lombardia, y después de una corta permanencia, pudo el emperador encaminarse á Alemania; pero parecía como si se le quisiera engañar con hipócrita sumisión para alejarle de Italia, pues al poco tiempo de haberse puesto en camino, estalló en distintos puntos la oposición nacional. Los partidarios de Arduino y sobre todo el marqués Otberto, dos de cuyos hijos después de haber luchado en Roma contra Enrique habían sido encarce-

lados con otros ilustres prisioneros en Alemania, expulsaron de su territorio á los obispos afectos al partido alemán y se apoderaron, por medio de repentinos ataques, de algunas importantes ciudades. El partido imperialista, de esta suerte sorprendido, se rehizo prontamente y recuperó del enemigo la mayor parte de lo que este había conquistado. Además, la retirada de Arduino privó al partido nacional de su verdadera cabeza. Arduino, extenuado por las vicisitudes de una vida sin gloria, cansado de la lucha y de la guerra, enfermo de cuerpo y presintiendo un fin cercano, se retiró espontáneamente, y trocando por los hábitos monacales la corona real, que nunca había significado para él una soberanía efectiva, se encerró en el convento Fructuaria de Turin, donde falleció un año después, es decir, en 14 de diciembre de 1015. Entonces su partido, privado de su jefe, sucumbió ante los esfuerzos reunidos de todos sus adversarios: sus caudillos perdieron sus propiedades y feudos y fueron desterrados, quedando con ello restablecida la soberanía alemana en la Lombardia. Para conservar y asegurar este triunfo introdujo Enrique en aquellos territorios el sistema que en otro tiempo

había establecido Oton I en Alemania, nombrando por sí y ante sí á los obispos, con lo cual inundó aquel país de alemanes. Hizo donación, según parece, á su hermano Arnoldo, á quien había nombrado obispo de Rávena, de la ciudad de Rávena y de todo el exarcado, olvidando las promesas anteriormente hechas á Benedicto VIII, de suerte que también allí ejerció una dominación directa.

Pero la situación de Enrique en Alemania no mejoró á pesar de estos triunfos obtenidos en Italia. La alianza concertada entre el emperador y el papa, que amenazaba contrariar los elevados proyectos de una monarquía nacional polaca y de un reino eslavo, motivó la enemistad de Boleslao III contra Alemania. Este poderoso guerrero había llevado triunfantes sus armas hasta los muros mismos de Kieff, atrayendo á su alianza á los príncipes rusos y sometiendo la Bohemia. Si se vió obligado á descansar por algún tiempo, — conservando siempre en su poder las comarcas alemanas conquistadas, — fué porque su hijo Miecislao cayó traicionadamente en manos de Udalrico, duque de Bohemia, el cual lo entregó á Enrique II. En 1015 reanudóse la guerra con mayor ensañamiento. Tres ejércitos alemanes invadieron por distintos puntos la Polonia; pero la enérgica resistencia de los polacos, y mas aun los desórdenes que nuevamente se promovían en Alemania, fueron otra vez causa de que el emperador no consiguiera el esperado triunfo, y cuando en 1017, aliado con los rusos y los húngaros, renovó el ataque, no obtuvo mejores resultados. La gran guerra germano-eslava con tanta perseverancia sostenida terminó con una victoria del eslavismo



Sello real de Enrique II

de trascendentales consecuencias, pues en virtud de la paz que, á principios del año 1018, firmó Enrique con Boleslao en Baussen, este último conservó los territorios conquistados á cambio del reconocimiento de la soberanía feudal alemana sobre ellos, fórmula que apenas disimulaba la derrota real y efectiva del germanismo. Las consecuencias funestas de estos sucesos no tardaron en dejarse sentir y Alemania vió muy pronto puesto en tela de juicio todo aquello que, continuando la obra comenzada por Carlomagno, se había conquistado desde los tiempos de Enrique I en la lucha nacional contra los wendos. Estos, contando con el apoyo del gran reino eslavo de Boleslao, redoblaron sus antiguos esfuerzos contra la soberanía alemana y la civilización cristiana. El paganismo, en plena conciencia de sus fuerzas, se levantó de nuevo, y ante esta implacable reacción sucumbieron, en los siguientes años, los frutos de los trabajos de tantas décadas. Los obispos de Havelberg y de Brandeburgo desaparecieron, y Oldenburgo, en Holstein, fué convertida en un montón de ruinas, mientras el duque de Sajonia luchaba contra el rey y debilitaba, por tanto, las fuerzas de la resistencia.

La Iglesia alemana salió extraordinariamente perjudicada de estos sucesos, que también dejaron sentir sus efectos en la situación en que respecto del episcopado alemán se encontraba Enrique II. Este no era del todo inocente del giro que en Oriente habían tomado las cosas; su alianza con los paganos lintizios no solo había aumentado la audacia de estos, sino que había infundido grandes esperanzas al eslavismo en su lucha contra Alemania. Otras circunstancias habían contribuido también á aflojar los lazos de unión que entre el episcopado y la monarquía existían. La preferencia que constantemente se daba á Bamberg y el viaje que en 1020 hizo el papa Benedicto VIII á Alemania para consagrar personalmente aquella catedral, demostraban que el emperador estaba completamente de acuerdo con las tendencias reformistas en que cada día se afirmaba más el pontífice; lo cual disgustaba á los obispos alemanes, que servían de apoyo á su soberanía temporal. Estos prebostes no profesaban las ideas cluniacenses y ninguno de ellos deseaba ver reproducirse el estado de cosas que habían tenido que sufrir en tiempo de Oton III y que había expuesto á un Willegis de Maguncia á la corrección disciplinaria del obispo de Roma. Cuanto más prevalecían aquellas tendencias y cuanto más se afirmaba en ellas Enrique II, tanto más pesada parecía su soberanía, que ponía los recursos de la Iglesia alemana á disposición de la monarquía y tanto más duramente era esta censurada y fué luego combatida. De aquí nació el conflicto que puso en tela de juicio los triunfos á tanta costa conseguidos por Enrique.

Aliado con sus hermanos, Benedicto VIII mantuvo el orden en la ciudad y en los Estados de la Iglesia; y como, á consecuencia de esta próspera situación, podía disponer de grandes medios temporales, conquistó para Roma cierto poder de dirección sobre los mismos asuntos laicos de Italia. En unión de los genoveses y de los pisanos luchó contra los piratas árabes que desde Cerdeña asolaban las costas de Italia, y conquistó aquella isla. Benedicto quería, por otro lado, destruir los últimos restos de la soberanía griega: la política de aquel hombre notable revistió un carácter casi nacional. Es verdad que ni por su escasa ilustración, ni por sus pocos laudables costumbres, parecía llamado á ocupar la posición que por la violencia había conquistado; pero supo conservarla con energía, dignidad y éxito, y darle, enfrente del imperio, cierta importancia independiente, por más que para esto tuviera que abrirle el camino que había de conducirle á restaurar su soberanía en la Baja Italia. Cuando los habitantes de Bari, abandonados por los griegos, que todavía eran considerados como señores de la Pulla, y acosados por

los ataques cada vez más rudos de los árabes, se separaron del imperio bizantino sometiéndose á Melus, hombre influyente que sobresalió entre ellos, y se vieron luego atacados por las tropas del emperador de Constantinopla, Benedicto envió á su socorro las tropas de peregrinos normandos que habían ido á Roma llevados del afán de emigración que á su pueblo caracterizaba, conducidos por cinco hermanos que se titulaban caudillos. Por ellos apoyado, reanudó Melus, en 1017, la lucha contra los griegos, pero sufrió una terrible derrota á consecuencia de la cual tuvo que abandonar su país como fugitivo, dirigiéndose á Alemania. Por aquel mismo tiempo en que Benedicto VIII, espléndidamente acogido por Enrique II, consagraba la catedral de Bamberg, el emperador, el papa y el duque Melus, que así se titulaba, se ocuparon en aquella ciudad en los asuntos de Italia: Enrique estaba decidido á prestar los auxilios que de él se solicitaban, con lo cual reanudaba la política imperial de Oton II, que había quedado interrumpida con la derrota sufrida por este. La lucha contra los árabes y los griegos, y la extensión de la soberanía alemana hasta el estrecho de Messina, eran los objetos que se proponía. Con esto entraba Enrique en la senda que con tanta prudencia habían sabido hasta entonces evitar los Otones, y esto á pesar de que no disponía de un poder tan extenso y tan sólidamente fundado como el de sus antecesores; por eso su evolución era sumamente peligrosa. En aquel tiempo falleció el duque Melus, por cuya mediación Enrique hubiera podido influir en los asuntos de la Baja Italia. Los progresos que hacían las armas griegas y la situación cada vez más apurada en que se encontraba el papa aconsejaban, sin embargo, una pronta intervención. En el otoño del año 1021, Enrique salió de su corte, descendió por el Brenner y al frente de un ejército compuesto de bávaros, suabos y loreneses, penetró en la Lombardía, donde le prestaron obediencia los magnates laicos y eclesiásticos. Después de haber celebrado la fiesta de Navidad en Rávena, al lado de su hermano Arnoldo, dividió su ejército, que con el contingente que le habían aportado los italianos se elevaba á 60,000 hombres: él, con el grueso de sus fuerzas, marchó á lo largo de las costas adriáticas; una segunda división tomó el camino occidental de Roma y la Campania, á las órdenes del nuevo arzobispo de Colonia, Pelegrin, advenedizo bávaro pariente del emperador, que con habilidad y movido por su ambición había ido ascendiendo en el servicio de la cancellería; y la seguridad de las comunicaciones entre ambos cuerpos de ejército quedó á cargo de Poppo, el patriarca de Aquileya, que, con una tercera división, tomó el camino central al través de la comarca montañosa. Sin lucha llegaron los alemanes á Benevento, donde Benedicto VIII saludó al emperador. El primer combate se trabó ante los muros de Troya, plaza contra la cual se dirigió Enrique y que después de un sitio de trece semanas se entregó confiando en la clemencia del emperador. Entretanto, Pelegrin de Colonia había reducido á la obediencia las ciudades de Cápua, Salerno, Nápoles y Amalfi, después de lo cual se reunió con Enrique en el campamento de Troya. El verano puso término á la campaña y el emperador se contentó con el restablecimiento de la soberanía alemana sobre los principados lombardos de la Baja Italia, que fueron desde entonces marca fronteriza contra los árabes y los griegos, en donde se utilizaron los servicios de los caballeros normandos que allí habían emigrado. Enrique afirmó con esto su planta en aquellos territorios, y después se dirigió por Roma hacia el Norte, llevando en su ejército una enfermedad contagiosa que causó estragos entre los alemanes, de suerte que el emperador regresó á fines del año 1022 á Alemania con escasas tropas, si bien bajo la impresión de los triunfos conseguidos.

Quien más gananciosa salió de esta campaña de Enrique II fué la Iglesia. La aparición de Enrique al frente de 60,000 hombres demostró que el pontificado tenía detrás de sí un protector que podía vencer toda resistencia. Desde hacía muchos años, Roma y los Estados de la Iglesia no habían disfrutado de tanto orden y de tanta tranquilidad como entonces. Habíase levantado un seguro baluarte fronterizo contra los árabes y los griegos; la Iglesia era soberana de sus dominios, veíase asegurada contra todos los ataques del exterior y estaba aliada con un emperador que consideraba como su principal deber atender al honor del pontificado y que, poseído de piedad profunda, procuraba de todo corazón elevarse á un ideal moral. Parecía haber llegado ya el momento de reanudar las reformas que tan repentinamente había interrumpido la muerte de Oton III, y de llegar á resultados verdaderamente prácticos, dejando á un lado las antiguas erróneas fantasías. Para conseguir este objeto, trabajaban unidos Enrique y Benedicto. No en vano había cuidado en Italia de ambos Odilon de Clugny, que era el hombre de confianza y el consejero espiritual del emperador y del papa, los cuales desempeñaban sus respectivos cargos cada vez más dentro del sentido de los principios cluniacenses. No se sabe si los motivos que á ello les impulsaron fueron los mismos en Benedicto que en Enrique, ó si este, dominador por naturaleza, se unió á los cluniacenses, cuyas doctrinas tan poco se avenían con su conducta, porque reconoció el poder de aquel movimiento y quiso servirse de él para sojuzgar por completo á la Iglesia. Con severidad cada día mayor, corregía Benedicto desde hacía algunos años todos los abusos que en la conducta de los sacerdotes y en la dirección de la Iglesia se notaban. Procuró con energía que se cumplieran los preceptos relativos al celibato de los sacerdotes; combatió la simonía, que se ostentaba descaradamente en todas partes, é hizo prevalecer sin consideración alguna los principios contenidos en las falsas decretales allí donde fué preciso sofocar deseos ó movimientos de independencia y hacer reconocer la autoridad monárquica del obispo romano. Las iglesias lombarda y francesa fueron las que más sintieron el peso de las tendencias reformadoras de aquel papa, que empuñó las riendas del gobierno de la Iglesia con una energía que no había mostrado el mismo Silvestre II. La Iglesia alemana se resentió también de esta situación, también ella tuvo que inclinarse ante el pontificado más de lo que se había inclinado hasta entonces; y por eso fué más fuerte su resistencia primero á las reformas eclesiásticas y luego á la política del emperador, que nacía de ellas y que con ellas se identificaba. En este último período de su gobierno, se acordó Enrique II de los fantásticos planes de Oton III. Pero aun cuando, en oposición con la política seguida en sus primeros tiempos, dejó que las tendencias universales volvieran á gozar de su influencia, no por esto abandonó el terreno de la realidad, sino que puso sus proyectos en armonía con los hechos reales. Indudablemente tales proyectos eran por lo mismo más peligrosos para aquellos á quienes amenazaban que los de su antecesor, que pecaban de sobrado vastos. Si Enrique II se sometía tan voluntariamente al celo reformista de Benedicto VIII, lo hacía atendiendo á sus fines políticos, pues una Iglesia mejorada en el sentido que aquel papa quería hacerlo y dependiente de Roma que, sin perder sus posesiones temporales, se abstuviera de intervenir en las cuestiones civiles por considerarlas incompatibles con su verdadera misión, debía estar, bajo otro sentido, pero siempre con sus medios temporales, bajo el poder del emperador y constituir un poderoso apoyo para el gobierno del imperio. Este rey devoto procedió de un modo completamente

nuevo con la Iglesia alemana, poniendo á los obispos en la alternativa de someterse á las reformas pontificias é imperiales, renunciando al resto de su independencia como eclesiásticos y como príncipes, ó de verse desposeídos de la mayor parte de sus posesiones temporales quedando políticamente impotentes.

La Iglesia alemana se levantó compacta contra este peligro, estando al frente del movimiento el nuevo arzobispo de Maguncia, Aribo, hombre de elevadas miras, dotado de brillantes cualidades y poco dispuesto á dejar que se menoscabaran sus derechos metropolitanos y á perder la posición que había logrado ocupar en Maguncia. A las reformas que, inspiradas en las falsas decretales y en los principios de los cluniacenses, iba sin duda á plantear el emperador, opuso Aribo animosamente otras reformas, en virtud de las cuales debía ser reconocido el antiguo derecho de la Iglesia enfrente de las arbitrarias innovaciones. Aribo arrojó, pues, el guante al pontificado y al imperio, reuniendo en agosto de 1022 en Seligenstadt un sínodo al cual asistieron sus sufragáneos y donde se tomaron multitud de acuerdos completamente opuestos al sistema pontificio que se apoyaba en las falsas decretales. Por ellos fueron restablecidos los tribunales supremos episcopales: los que se negaran á acudir ante ellos debían comparecer ante los sínodos provinciales presididos por el arzobispo; quedó prohibida la apelación á la sede pontificia y se declararon nulas cuantas absoluciones ó dispensas de castigos impuestos por los obispos emanaran de ella. Respecto de la costumbre religiosa de los ayunos, también se dictaron disposiciones arbitrarias distintas de las ordenadas por Roma. El hecho de que tales acuerdos fuesen aprobados y aceptados por hombres que estaban personal y políticamente unidos con el emperador Enrique II, por el propio hermano de este, Bruno, arzobispo de Augsburgo, y por Eberhardo, obispo de Bamberg, objeto de tantas preferencias, demuestra la fuerza del movimiento iniciado por Aribo y la unanimidad con que el episcopado alemán de la antigua escuela se oponía á las innovaciones que amenazaban realizarse. Los acuerdos de Seligenstadt sirvieron de norma de conducta durante algunos años; un concilio nacional que, á su regreso, convocó el emperador, pero cuyos acuerdos ignoramos, en nada varió aquellas disposiciones y aun es de creer que tomó como punto de partida el sínodo de Seligenstadt. El conflicto se agravó cuando Benedicto VIII utilizó con poca fortuna una cuestión funesta, de la que se había ante él apelado, para hacer prevalecer sus doctrinas contra la oposición dirigida por Aribo. Desde hacía algunos años, el conde rhiniano Oton de Hammerstein andaba en lucha con las autoridades eclesiásticas por causa del matrimonio que había contraído con una parienta suya, Irmengarda, matrimonio que la Iglesia no había querido sancionar. Cuando, á pesar de la excomunión, no quiso disolver el matrimonio, fué desterrado, y el mismo Enrique le obligó á entregar su fuerte castillo; no obstante lo cual siguió viviendo en compañía de Irmengarda. Aribo le invitó á que fuera á Maguncia, en donde el emperador se encontraba también, de regreso de Italia; el conde se presentó en efecto y se sometió á la sentencia del arzobispo, pero Irmengarda acudió á Benedicto VIII en queja contra Aribo. El papa prescindió fácilmente del carácter funesto de la cuestión que le había sido confiada, porque vió que le ofrecía una ocasión, por él tan deseada, de hacer prevalecer su autoridad contra el rebelde arzobispo de Maguncia. Enrique II se vió en una situación comprometida, pues había obligado al conde de Hammerstein á someterse á la sentencia de la Iglesia alemana y á la sazón se encontraba con que Benedicto VIII se declaraba abiertamente contrario á ella. Esto originó la